



04/Experiencias

04/1

Por un mundo más justo, practica la solidaridad

Hno. Eduardo Ribes,

1^{er} Consejero provincial.

Orden Hospitalaria San Juan de Dios.

Provincia de Aragón-San Rafael.

Con motivo de la celebración del día de San Juan de Dios diferentes centros asistenciales, sociales, de investigación y docencia organizaron una Jornada con el lema "Por un mundo más justo, practica la solidaridad" el texto que sigue a continuación fue el de la apertura de la Jornada y nos introduce en el concepto de la solidaridad desde la perspectiva de la Orden aportando diferentes aspectos de reflexión sobre el tema.

Palabras clave:

Solidaridad, Justicia, Hospitalidad,
San Juan de Dios.

On the occasion of the celebration of Saint John of God's Day, different care, social, research and teaching centers organized a Conference with the slogan "For a Better World, Practice

Solidarity". The text below was the opening of the Conference, which introduces us to the concept of solidarity from the perspective of the Order bringing different aspects of reflection on the subject.

Key words:

Solidarity, justice, Hospitality, Saint John of God.

Muy buenos días a todos/as y bienvenidos seáis a esta Jornada de Sant Joan de Deu, que desde hace unos años se viene realizando y que en esta ocasión se le ha querido dar un enfoque desde la solidaridad, bajo el lema: **"Por un mundo más justo, practica la solidaridad"**

Cuando me disponía a preparar estas palabras, el primer pensamiento que vino a mi mente fue una pregunta que me he formulado en otras ocasiones: ¿la Orden de San Juan de Dios es conocida como una Institución solidaria? Y os invito a que todos nos podamos hacer esta pregunta en algún momento.

Seguro que descubriremos que no somos tan conocidos, ni tenemos tan desarrollada esta parte social o solidaria, que nos impulse a vivir en una continua inquietud e implicación, en pro de un mundo más justo.

Hoy podemos decir que la Orden cuenta con numerosos centros muy cualificados, con unas instalaciones muy dignas y con una asistencia muy profesional y humanizada.

Pero ¿Qué pasos deberíamos dar para estimularnos, reilusionarnos y no quedarnos solo en lo bien que hacemos las cosas?

El año pasado recibimos innumerables premios, incluido el premio Princesa de Asturias por toda nuestra trayectoria y bien hacer, pero no podemos vivir de premios, sino de la fortaleza y carisma que nos han transmitido aquellos que nos han precedido en la Hospitalidad, de los que han dedicado lo mejor de sí mismos para socorrer y atender a los demás, y desde la necesidad de continuar extendiendo nuestro carisma, como una forma de presentar nuestra cultura de Hospitalidad, como alternativa a la cultura de hostilidad que vive nuestro mundo...

Como Familia Hospitalaria estamos llamados a avanzar en el camino de la solidaridad, como bien dicen nuestras constituciones:

“A trabajar en la promoción de los más débiles, comprometiéndonos evangélicamente contra toda forma de injusticia y manipulación humana, ayudando a despertar conciencias frente al drama de la miseria”.

Y con ello no quiero decir que no estemos haciendo nada, sino que deberíamos apostar por darle un mayor impulso a nuestra solidaridad.

Esto viene ya de antaño, cuando hace 500 años **Juan de Dios** gritaba por las calles de Granada: **"Hermanos, haceos bien dándoos a vosotros mismos"** era una forma de inquietar y provocar conciencias para no dormirse sobre las miserias humanas.

Una invitación que se nos presenta hoy a nosotros, partiendo desde una mayor concienciación personal hasta llegar a contagiar a la sociedad con nuestro estilo de vida.

Os invito a que a nivel personal os hagáis la

pregunta: ¿y yo?, ¿qué aspectos de mi vida puedo compartir?, ¿qué puedo hacer para inquietar conciencias?, nos daremos cuenta de la cantidad de cosas que tu y yo podremos realizar por los otros, descubriremos que la solidaridad es cuestión de ponerse manos a la obra y salir al encuentro del Otro con mayúsculas.

Es cierto que cuando pensamos en solidaridad se nos va la mente al otro lado del Océano, pero la solidaridad hoy se viste de muchos colores y se hace vida en nuestro entorno personal más próximo.

¿Tenemos tantas posibilidades de contribuir en la construcción un mundo diferente!

Nuestra implicación pasa por **"dejarnos afectar"** por la realidad del otro, es decir conocerlo y solidarizarnos efectiva y eficazmente con él.

Esto tiene mucho que ver con la mirada y con el corazón, con que aquello que le ocurra al otro me afecte, porque es mi hermano y me importa. Como diría **Francesc Torralba**:

“el rostro del otro pobre, humillado, y ofendido, reclama justicia y exige una respuesta responsable. No podemos desentendernos de él, no podemos mantenernos al margen de su dolor. La mirada del otro tiene tal potencia que nos hiere profundamente, y por ello bajamos la mirada o cerramos los ojos. El rostro del otro que me mira atentamente, con solicitud, me exige superar la indiferencia e implicarme en su suerte”.

Ante esto tenemos dos opciones: la de implicarnos, comprometernos y darle sentido a nuestra vida o quedarnos en la autojustificación, acerca de quién lo debería hacer, a quien le corresponde tomar decisiones, etc,

Como sabéis uno de los ejes estratégicos para

Experiencias:

Por un mundo más justo,
practica la solidaridad

42

LH n.315

este cuatrienio a nivel provincial es trabajar conjuntamente la cooperación, el voluntariado y la obra social, con la finalidad de poder avanzar de forma más compacta como Institución, con el propósito de implicarnos desde la Hospitalidad en nuestra sociedad. Y así cooperar con hechos, no solo de palabra, en la construcción de un mundo más justo.

Ojalá que esta jornada nos ayude a tomar conciencia y dar pasos en la contribución de un mundo más fraterno, más igualitario y sobre todo más hermano. Una oportunidad para descubrir en el Otro, pobre, enfermo y desvalido, un camino de Hospitalidad donde poder alcanzar nuestro sueño.

43

04/2

¡Lesbos: sufrimiento y solidaridad... en espera de esperanzas!

Nuria Burgada, Josemari Aymerich,
Irene Zendera, Ignasi de Juan,
Transpirenaica Social Solidaria.

“Su nombre es Saad o Mohamed o Abdullah o Samira o Amina,... Todos ellos y ellas han realizado un largo y penoso trayecto para llegar a tierras europeas huyendo de guerras y miseria. Son los que han tenido suerte de llegar a Lesbos, o a Kios, o a Lampedusa o a... Pagando a mafias que se aprovechan de la desgracia, poniendo en peligro sus vidas, con bebés, con muletas,... Con toda su vida en una pequeña mochila. Mojados, con frío, algunos con hipotermia... Pero han logrado llegar y están contentos, felices. Levantan los dedos en señal de victoria. Sus ojos lo dicen todo lo que han sufrido, lo que esperan de nosotros los europeos. Se abrazan y gritan y lloran y ríen. Y los abrazas y gritas y lloras y ríes con ellos. Cada día llegan centenares de personas con botes (eso los que llegan) y las islas se llenan.” [Nuria Burgada]

Estas navidades, cuatro amigos transpirenaicos, decidimos dar un paso al frente. **Nuria Burgada**, maestra en la Cerdanya, en la escuela Ridolaina, **Josemari Aymerich**, profesor de ESO y bachillerato en colegio del Sagrado Corazón de Pamplona, y un servidor, **Ignasi de Juan**, médico, que en la actualidad trabaja en la Fundación Formación i Treball, nos fuimos a vivir una experiencia solidaria a Lesbos, en Grecia; desde Barcelona tuvimos el apoyo de **Irene Zendera**, coordinadora de operaciones de la Transpirenaica Social Solidaria (TSS).

Queríamos vivir cerca de los y las refugiadas. Pensamos en la navidad, como un tiempo que contenía un mensaje muy solidario, para viajar y mover nuestras conciencias (...y la de nuestros amigos y de la sociedad civil a la que pertenecemos), pero también porque disponíamos de unos días de vacaciones.

Los cuatro somos profesionales implicados en la **Transpirenaica Social Solidaria**, que cada año cuenta con un lema y un tema de interés. Josemari es el Presidente de la TSS. El año pasado caminamos por el Cambio Climático. Este año, lo vimos clarísimo, que el tema tenía que ser: **“Los refugiados, los migrantes y la hospitalidad”**.

La Transpirenaica es un gran marcha por la inclusión, con 20 organizaciones sociales co-coordinadoras, 300 jóvenes y 200 profesionales caminando, por etapas, recorriendo todo el Pirineo; son 800 kms de solidaridad para los jóvenes y para los profesionales, es una gran estrategia para que todas y todos podamos comprometernos por la justicia social y la inclusión social; la TSS es especialmente una vía o una oportunidad para que los jóvenes puedan trabajar los valores y mejorar sus talentos.

Lesbos nos marcó. Lesbos, como una gran metáfora, estará presente en todos nosotros en el Pirineo. Un chaleco de Lesbos, y otros enseres (un guante, un zapatito de un niño, un peine rosa...) cruzarán la GR11 con nosotros. Llevaremos el espíritu, el alma, el grito, el dolor

y la esperanza de muchos de los refugiados que pudimos conocer, atender, cuidar. Lesbos no fue una aventura, fue un ‘viaje iniciático’: espiritual, profesional, político. Lesbos fue una etapa más, pero una etapa muy, muy especial, de las muchas que vamos haciendo por el Pirineo o por las comunidades autónomas de España. Queremos hacer incidencia por la inclusión social.

Queremos abrir las fronteras, acoger a nuestros hermanos, ofrecer nuestras manos y nuestra hospitalidad. Pensamos que era lo mejor que podíamos hacer como equipo y como transpirenaicos. No sabemos a dónde nos llevará esta nueva singladura: ya ha dado muchos frutos. Pero, seguro que hay un antes y un después de Lesbos, en nuestras vidas, pero también, en la Transpirenaica Social Solidaria.

Nos ha cambiado a todos y todas; así nos lo decían en casa nuestros hijos e hijas, así como Xavier, Teresa, Walter o Inés. Nos ha dado mucha más fuerza para luchar y comprometernos y ser más hospitalarios & hospitalarias.

“Hoy, desde primera hora de la mañana, están llegando botes. El tiempo es lluvioso y ventoso pero no hay oleaje. Desde el mar Proactiva Open Arms les guía y acompaña para que desembarquen con seguridad. En tierra les esperamos #voluntarios de muchos países para ponerles mantas térmicas y acompañarles hasta el campo transitorio de Lighthouse - Refugee Relief on Lesbos. Allí hay tiendas con ropa seca para hombres, mujeres y familias. Se les da bebidas calientes y algo de comida. Luego esperan a las furgonetas de UNHCR que les lleven a otros campos en el interior de #Lesbos. Están llegando sobre todo afganos, pakistaníes, iraquíes y sirios. Sobre todo hombres, pero también mujeres, niños y ancianos. Todos mojados y con frío pero contentos de estar ya en Europa”. (Josemari Aymerich)

Estuvimos una semana solidarizándonos en Lesbos, como tantos voluntarios y voluntarias. Muy poco tiempo. Pero suficiente para darnos cuenta del vacío legal, político y humanitario que existía en las islas griegas o en las costas turcas. Nos preguntamos desde que llegamos: ¿Dónde está Europa? ¿Dónde está el gobierno griego? ¿Dónde están las Naciones Unidas?...

Vivimos un vacío político y administrativo sin precedentes, vivimos un silencio y una ausencia: que creaba un ‘sinfonía de silencios’. Vimos como el pueblo griego, llano, marinero o campesino, tomaba el mando, se organizaba y rescataba a cientos (a miles) de refugiados. Pero, también vimos, como las ONGs locales e internacionales, algunas creadas para esta Crisis, se organizaban y entre ellas tomaban el mando y actuaban de forma muy dispar y complementaria. Vimos como del ‘Caos’ del gobierno griego y de los gobiernos europeos (o mundiales), la gente, el pueblo y las ONGs se organizaban y se comprometían. Todo un grito humanitario en pie de guerra por y para los refugiados.

Basamos nuestras operaciones en la costa cercana a Turquía, en Skala Sykamineas. Allí nos acogieron y nos dejaron estar, ser, actuar, cooperar y solidarizarnos con los refugiados que llegaban con las barcas (dinguis) desde la costa de Turquía. Hubo días que llegaron unas 20 barcas, otros con mal tiempo que llegaron una 10 barcas; algunas fueron por la noche, otras por la mañana o por la tarde. Pero siempre hubo gente para estar en las llegadas y poder atender a los refugiados, migrantes, desplazados, personas, sí, **“personas que acogían a Personas”**.

Agradecemos a muchas organizaciones, pero especialmente a **Proactiva Open Arms** de Badalona o Proemaid de Sevilla o a la **Cruz Roja** Helénica, o los campos de refugiados amigos, como el de **Platanos o Lighthouse**, o a los amigos de Médicos Sin Fronteras o **Causascomuns (Gabriel Tizón y Rocio Botama)**..., pero había muchas organizaciones más locales e internacionales, que como nosotros abrían sus

Experiencias:

¡Lesbos: sufrimiento y solidaridad... en espera de esperanzas!

46

LH n.315

brazos y daban sus manos; no las enumeramos pero estaban haciendo su labor comprometida con los refugiados. Todas y todos ellos, son los otros protagonistas, llevan meses y meses, con los y las refugiadas.

Se comprometieron y han creado, fuera del sistema gubernamental (que no está) un corredor humanitario y solidario. Sin ellos y sin los isleños, sería un caos, pero, existía y todavía existe un entramado o una organización poliédrica, poli-funcional, solidaria que se preocupa, prepara y acoge cada día, con frío o sol o lluvia a los refugiados que llegan.

También visitamos otros puntos de la isla, como los campos de acogida, por el **ACNUR y Médicos Sin Fronteras (MSF)**. Estuvimos en Moria. Allí sí que nos quedamos más desconsolados. Vimos la parte más formal. No dejaba de ser un campo ya de separación entre los refugiados (con derecho a ser llamado refugiados) y los migrantes (sin derecho a transitar por Europa). Pensamos si estábamos en un 'campo de concentración' con sus alambradas, muros, vigilancia...

Contradicciones de nuestra Europa. A los pocos meses, hemos podido ver como un campo de refugiados y migrantes se ha convertido en una prisión, en la 'Prisión Insolidaria de Europa'. Suerte a la visita del Papa de un fin de semana de abril. Ha tenido un gesto más que seguro removerá muchas conciencias.

Veremos si el lavado de cara ha sido para unos días, o verdaderamente, se activa una nueva política de los refugiados en Europa y a nivel mundial. Esperamos eso, como seres humanos, como ciudadanos europeos, esperamos más de nuestra Europa y de nuestros gobiernos nacionales, autonómicos y locales. Recorriendo el Pirineo para la preparación de la TSS 2016, siempre con un chaleco de Lesbos, muchos alcaldes nos hablaban que estaban preparados para recibir y acoger a los refugiados.

No hemos perdido la esperanza. Estamos allí, pero también estamos aquí, estamos activos en

los movimientos ciudadanos que se han ido creando en nuestras ciudades y pueblos, como **Stop Mare Mortum** o en las manifestaciones o dando charlas o conferencias en nuestros pueblos y ciudades.

Esta noche ha llegado una barca con 40 personas, hemos sentido de cerca el miedo y la alegría de los # Refugiados al dejar el mar y pisar tierra, al sentirse acogidos, acompañando en el Campo de Refugiados "Lighthouse" con voluntarios/as del Mundo; y un grupo de catalanes: David, Olga, Mariona, Julia, Marc Matías, Renata, Giada... cena con los voluntarios/as y a descansar, mañana más #voluntarios. (Ignasi de Juan)

Durante nuestra estancia hicimos muchas fotos, videos, escribimos en las redes sociales, reflexionamos en nuestros diarios de abordaje. Os dejamos, algunas reflexiones de nuestra singladura en Lesbos. La mezclamos en este pequeño escrito...

La escribimos allá junto Mohamed, Sara, Gerard, Toni, Pepe, Anita, Sophia, David, Olga, Paris... a ellos y a ellas, a los niños, a las mujeres, a los hombres que juntos creamos una familia imaginaria pero una familia solidaria e internacional, a todos ellos va dedicada nuestra reflexión...

Y, que como os contábamos, llevaremos, en forma de chaleco (metáfora) este verano por todo el Pirineo en la Transpirenaica Social y Solidaria.

Os invitamos a caminar con nosotros y nosotras, a ser refugiados con ellos a ser Hospitalari@s, como vosotros y vosotras los sabéis hacer tan bien en Sant Joan de Déu. Gracias **Margarita Bofarull** por dejarnos reflexionar, en la revista Labor Hospitalaria.

47

F. Transpirenaica Social Solidaria



04/3

Cómo he vivido la confianza en el hospital*.

Felisa Elizondo,
Profesora.

1/

Se me ha pedido hablar, con tonos personales, de una forma de confianza experimentada como paciente en un gran hospital. Y para empezar, recojo unas frases sobre la importancia de confiar con las que no puedo menos de estar de acuerdo:

«Es imposible ir por la vida sin confiar en nadie; es como estar preso en la peor de las celdas: uno mismo».

Graham Greene (1904-1991)

«No existe un signo más patente de debilidad que desconfiar instintivamente de todo y de todos».

Arturo Graf (1848-1913)

Escritor y poeta italiano.

«La mejor forma de averiguar si puedes confiar en alguien es confiar en él»

Ernest Hemingway (1886-1961)

Repaso también lo que se suele presentar a modo de definiciones de la confianza y el confiar: La etimología la emparenta con fiar, fiarse, con el término jurídico anteriormente usado de confianza y con confidencia. Se la define como una actitud, una situación del ánimo, una capacidad nativa que crece en la vida familiar y social pero que conoce crisis y amenazas de pérdida o disminución. También conoce diversos niveles o intensidad según el tipo de relación de que se trate. La confianza, que en su arranque es nativa y supone a la vez la necesidad y posibilidad de apoyarse en otro/os, surge y se afianza con una familiaridad en el trato. Es común señalar como componentes de la confianza:

1. Una esperanza firme que se tiene de alguien o algo.
2. Una seguridad que alguien tiene en sí mismo o en otro/s.
3. El ánimo, aliento, o vigor para obrar.

Esperanza y seguridad llevan hasta confiarse, es decir a arriesgarse a la entrega de sí y al abandono. En la mayor parte de las ocasiones, se trata de la esperanza serena que tenemos en que algo suceda, sea o funcione de una forma determinada, o en que otras personas actúen como deseamos.

*. Testimonio presentado en el XIV Encuentro de Responsables Diocesanos de PROSAC. Madrid el 30 de enero de 2016.

Y de cierta seguridad que hace posible que emprendamos algo difícil o al menos no garantizado de antemano.

A entender lo que significa la confianza ayudan los sinónimos y las palabras cercanas: **seguridad, esperanza, fe, credulidad, decisión, determinación, certidumbre, tranquilidad, creencia, presunción, aliento, ánimo, vigor, empuje, amistad, familiaridad, intimidad, llaneza, franqueza, naturalidad, valimiento, cordialidad. Y los antónimos: desconfianza, inseguridad, indecisión, tensión, suspicacia.**

Hay una confianza primera, que hace posible el vivir-sobrevivir del niño nacido. Y se trata de cierta fortaleza emocional que implica la autoconfianza, el sentimiento del propio valor y el poder de otorgar confianza a los demás.

Y hay imágenes muy expresivas del confiar: el niño que duerme o es lanzado juguetonamente al aire por su padre, y el portor que sostiene o espera al trapecista en el circo¹.

Una dosis de confianza es necesaria para que las relaciones interpersonales se sostengan en el entramado social. Y la confianza está en la base de la relación humana singular que es la amistad. Los humanos no podríamos convivir en armonía si faltara la confianza, es decir, sin la seguridad que por anticipado se tiene en las personas y que varía según el tipo de relación que se da entre ellas o con ellas: familiar, vecinal, laboral, de colaboración, de compañerismo, de amistad...

Confiar supone que el otro se conducirá con rectitud y aceptar cierto riesgo, porque la seguridad que se ofrece no equivale al control de lo que sucederá. Pero la confianza es el fundamento de toda relación humana y nadie puede caminar junto a otro sin tener certeza de que puede confiar en él.

Así la confianza señala la intensidad del vínculo entre dos personas y la verdadera confianza existe cuando hay madurez en esas relaciones humanas.

Confiar en otro implica cierto conocimiento de ese otro y, cuanto más se conoce de él/ella, más confiada puede hacerse una relación. Pero hay en ella un imponderable de afecto, de inclinación. Donde hay confianza se da una comunicación verdadera y cierto grado de empatía. Pero la confianza es respetuosa y no embarga la libertad de uno ni la del otro. De ahí que se haga necesario confiar en los demás y, al mismo tiempo, ser merecedores de confianza. Todos necesitamos confiar y que alguien confíe en nosotros.

Está probado que quien confía en otra persona la hace crecer y contribuye a su felicidad. Y el grado de confianza determina la profundidad de la relación con los demás, de los que esperamos que se comportarán de tal o tal modo, no por interés o por miedo a una sanción sino porque son dignos de confianza. Necesaria y posible por nuestro constitutivo ser en relación (y desde la relación), ayudan a nuestro confiar, la cercanía, la compañía, la presencia brindada del otro, su empatía y, desde luego, su amistad. Como ayuda el saber de su rectitud y competencia.

En síntesis: La confianza es la ponderación personal, más o menos intuitiva, de un riesgo que nos lleva a superar un margen de temor o de incertidumbre que no puede ser suplido, ya que no es posible obtener datos exhaustivos o llegar a cálculos exactos que den garantía plena en nuestro vivir en relación. Sin ella, que es del orden del don, la vida no sería vivible.

Los psicólogos y terapeutas advierten que existe el problema de la confianza en uno mismo: “**Quien confía en sí puede conducir a otros**”, decía en la antigüedad **Horacio**. Necesitamos confiar en nosotros mismos para poder confiar en otros, pues el temor a confiar tiene que ver con una escasa autoconfianza, y responde a veces a experiencias negativas en relación con otros.

Pero necesitamos mantener esa fe y reaprender a confiar porque nos necesitamos mutuamente y vivimos en una red de relaciones.

1. Ver H. J. M. Nouwen, *Nuestro mayor don. Una meditación sobre morir bien y cuidar bien*, PPC, Madrid, 1994, pp. 77-78.

LH n.315

Esto supone pensar que siempre hay alguien en quien uno se puede apoyar y que se trata de encontrar a las personas adecuadas en cada nivel o forma de confianza. A sabiendas de que nadie puede satisfacer todas mis necesidades y expectativas, que sólo pueden ser cumplidas confiando en distintas personas. Desconfiar por sistema es la mayor debilidad, como hemos oído decir.

Sociólogos y economistas coinciden con psicólogos y antropólogos en que es necesaria para la vida en sociedad y en que no hay sociedad sin confianza, pues todo individuo depende de otros para vivir, informarse, intercambiar, prometer, protegerse, compartir algo.

Para anticipar una conducta, arriesgar algo, creer en algo o en alguien. La actividad social más elemental supone ya una dosis de confianza en la buena voluntad, la sinceridad, la verdad de otros. Hay ahora mismo una apreciación -muy usada en los análisis socio-económicos- de la llamada **confianza institucional**.

En definitiva, todos necesitamos y buscamos personas dignas de confianza, que traten bien a sus semejantes; que sean discretas y capaces de guardar las confidencias, de ser fieles a su palabra. Personas a las que podamos confiar algo profundo de nuestro vivir y hasta el vivir mismo.

A la confianza, que implica la relación con el otro/otros que es constitutiva del ser humano, le han prestado atención la **teología**, porque la confianza está en la base de la fe. Aquella confianza originaria no es ajena a la posibilidad de creer, se ha dicho².

La confianza está en la base de la fe, que reclama una especial confianza, confiarse y entregarse a Dios, poner en sus manos toda la existencia. Confiar reconociendo en él la referencia definitiva suceda lo que suceda en la vida. Esa confianza en Dios libera de la angustia por sí mismo- aunque no ahorre pruebas -y conduce a una humanidad profunda que acepta lo que es y espera que Dios “**será todo en todas las cosas**” (1 Cor 15, 28)

En medicina es aceptado que la relación médico-paciente es una figura particular de la relación intersubjetiva. Y aunque sea asimétrica, para ella valen los términos de reciprocidad y de intersubjetividad en cuanto que se trata de dos personas en relación.

La confianza en el médico se apoya en la convicción del paciente acerca de la competencia y la voluntad de ayudar a sanar que supone al médico (o al personal sanitario en general). Pero no se agota en reconocer los conocimientos y capacidades sanadoras del médico, sino que alcanza a su persona y se sitúa en el nivel de una relación interpersonal. Advertir la calidad personal de quien nos atiende, nos ayuda a confiar. Y sucede que en esa relación las personas pueden encontrarse y sintonizar de veras en un nivel profundo

2/

Mi experiencia personal.

Como es esperable en la dedicación a ciertas materias en las que he debido entrar a lo largo de años de estudio y docencia – y de algunos momentos de mi trayectoria vital– había apreciado el valor de la confianza considerándolo algo casi natural en el entramado de relaciones familiares, de vecindad, de compañerismo y amistad.

He de reconocer también que a lo largo de mi vida no me ha resultado costoso fiarme o, dicho de otro modo, no he tenido motivos serios para desconfiar. Y, por supuesto, he prestado atención a la confianza sin fondo en la que arraigan la fe y la esperanza, a la que he aludido con la mención de algunos nombres propios.

En mayo de 2012, coincidiendo con los últimos días de clase, comencé a advertir una

2. Cf. B. Welte, ¿Qué es creer?, Herder, Barcelona, 1984, 30-31 y W. Kasper y M. Kehl, Introducciones a la fe.

insuficiencia coronaria con síntomas de tipo anginoso, y en octubre del mismo año, un cateterismo realizado en la Fundación Jiménez Díaz debió hacer saltar las alarmas puesto que, sin salir del centro, me practicaron con cierta urgencia una intervención que resultó muy trabajosa por dificultades de intubación. Implantados tres bay pass y practicada una traqueotomía, a la que debieron recurrir con cierta alarma a partir de un paro cardíaco -lo supe sólo días después-, me desperté sin voz y clavada en una cama de la UCI.

Tanto el cardiólogo correspondiente y sobre todo un buen amigo que está presente (el Dr. Manuel de los Reyes) me habían explicado lo que podría suponer la intervención en circunstancias normales, y reconozco haber ido a ella fiada en la competencia de los cirujanos que iban a realizarla. También, sin apenas experiencia de situaciones así, pues mi historial médico contaba sólo con una intervención breve en la que me fue extirpado el tiroides a causa de unos nódulos.

En la UCI, tras la intervención, por la solicitud misma de los miembros del equipo de cirujanos, advertí algo de preocupación por el desarrollo de un postoperatorio, aunque me adelantaban que, si bien iba a resultar un poco más penoso de lo esperado el proceso, pues exigía cuidar la recuperación de la voz y la limpieza de las vías afectadas por la traqueotomía, el resultado sería positivo. La estancia en el hospital se prolongó casi un mes, pues hube de pasar a una segunda etapa en la que en la planta de neumatología atendieron con mucho cuidado a mis vías respiratorias y a mi rechazo de la alimentación por sonda.

Recuerdo haber entrado en el quirófano con serenidad –mi inexperiencia debió ayudar a la experiencia– y pensé en algún momento que aquella inundación de luz, en medio de la que aparecían unos rostros enfundados con mascarillas que hablaban con suavidad, podía parecerse algo a lo que debe ser la entrada en la luz mayor que esperamos para el final de la vida.

Luego, tras el paréntesis de la inconsciencia, se sucedieron unos cuantos días en los que el malestar era general, por la postura forzosamente inmóvil, por las molestias intestinales, y sobre todo por los problemas respiratorios que hacían necesario mantener en mi cuello un grueso tubo de oxígeno en forma de collar.

Y sufrí como nunca antes la sed, acentuada quizá por una sudoración profusa. De hecho, no he olvidado al enfermero que, llegado de Barcelona para un turno de noche, me suministró una mínima “**bomba de agua**” después de varios días de tener en los labios sólo las gasas empapadas que me ofrecían con amabilidad las enfermeras.

Pero de aquella estancia me queda sobre todo una memoria agradecida a los médicos que se acercaban para observarme con gran atención y asegurarme que me recuperaría y que recuperaría en primer lugar la voz. Y la sonrisa amable de Nacho, el asistente religioso, un joven cura que había sido mi alumno en la Facultad.

Con todos ellos asocio a las enfermeras y auxiliares cuyo trabajo no puedo menos de reconocer como esmerado, y su trato respetuoso y amable. También guardo vivo el recuerdo de doctores/as y enfermeras que llegaron a mi habitación para despedirse después de aquellas semanas en que nos habíamos comunicado, primero con sólo miradas, y luego con algunas pocas palabras.

A la salida, coincidiendo con los días previos a la Navidad, les hice llegar la conocida **Bendición irlandesa** que desea que un buen viento sople sobre las espaldas y ayude a caminar. Por supuesto, recuerdo con gratitud a mis compañeros y amigos que me visitaron esos días aprovechando los minutos que consentía el horario.

Depender por primera vez y tan radical y desnudamente de brazos, manos y hombros de otros, de su atención y cuidados, me ha ayudado a advertir, a la vez que mi debilidad-fragilidad, la profundidad a que puede vivirse el verbo

LH n.315

confiar. Confiar en que evitarán en lo posible el dolor que puede causar un tratamiento, en que sosegarán la inquietud informando en lo posible y por anticipado para que los pacientes cooperemos, confiar en que seremos tratados con respeto y afecto a la vez, y que pondrán en juego su saber y su saber hacer como si fuéramos la única persona a la que atender en unas horas...

He aprendido mejor lo que significa la ayuda de los otros cuando disminuyen las fuerzas y los ánimos, que es comprender vitalmente esa verdad de que no somos los unos sin los otros. Y que merecen nuestro respeto y valoración los que nos cuidan en esos trances.

Este golpe “cordial”, sorpresivo y severo, que ha supuesto en mi vida la intervención y su desarrollo posterior me ha obligado a reconocer y aceptar, probándola, nuestra fragilidad física y anímica, la “pasividad” insuprimible que llega, con cierta sorpresa, tras o en plena vida activa. Un aprendizaje vital que no suele entrar en los programas escolares ni universitarios y que yo no había hecho...

En suma: esta experiencia ha reafirmado en mí la certeza de poder confiar. Una posibilidad que tenemos y cuyo alcance no somos capaces de medir, pero que se agranda en momentos importantes.

Primero, porque ante una intervención seria y en medio de la debilidad y el malestar, encontré en otras manos y otros rostros una ayuda verdadera. Porque a algunas peticiones de ayuda o de explicación que pudieran suponer una molestia para ellos, respondían diciéndome que no me preocupara porque me estaba comportado como “buena paciente”.

Aprovecho esta ocasión para recordar a quienes dedican su preparación y trabajo a curar una afección o una enfermedad que ayudan, quizá sin saberlo, a que el paciente descienda a niveles profundos de su vida. Que en su trato no están lejos de asomarse a ese umbral donde

somos más de veras nosotros mismos, con nuestra debilidad y nuestra esperanza. Creo, y lo he podido verificar personalmente, que en la relación médico-paciente media y entra en juego, aunque sea silenciosamente pero en buena medida, esa realidad que sostiene y humaniza, que es la confianza. Y la confianza en momentos graves es de un valor imposible de medir.

Añadiré finalmente que tengo la convicción de que la confianza en otros, que he podido sentir en los momentos en que he probado la mayor debilidad, no es ajena a la confianza mayor que espero brotará al fin cuando me deje caer en las manos de Dios.

Me ha ayudado saber que, en sus años de silencio forzado y de casi inmovilidad, un grande como el P. Arrupe decía:



“Yo me siento, más que nunca, en las manos de Dios... Les aseguro que saberme y sentirme totalmente en sus manos es una profundísima experiencia”.



04/4

Vivo la confianza en mi vida gracias al regalo de la fe en Jesús*.

Juan Viñas,
Médico. Lleida.

1/

Selebro estar hoy aquí con vosotros compartiendo experiencias, aprendiendo, recibiendo y ofreciendo cariño y apoyo mutuos para nuestra importante labor.

Os voy a hablar como médico cirujano, como enfermo que soy desde hace más de un año y unido a mi fe en Jesús de Nazaret.

Quienes tenemos el don de la fe hemos de aprovecharlo. Jesús nos dice que nunca nos fallará. Debemos saber cómo pedir y qué pedir. El Padre nuestro es la oración más importante que nos ha enseñado.

Cada día al rezarlo decimos: «Hágase tu voluntad».

Cuando la vida nos sonrío y las cosas nos salen bien, es fácil rezarlo. Cuando tienes una enfermedad grave y estás mal, no es tan fácil. Los creyentes rezamos a Dios, le pedimos su ayuda, la curación. En mi caso añado siempre: «pero que se haga Tu voluntad y no la mía». Pero, ¿cómo puede ser que la voluntad de Dios sea que yo sufra? Entonces no coincide mi deseo de curación con la voluntad de Dios.

Esto me ha hecho profundizar en mi fe, limpiarla más del polvo de los tiempos y de las ideas aprendidas desde pequeño, e ir a lo esencial. Tener fe, para mí, quiere decir confiar plenamente en la bondad de Dios, en su Amor infinito hacia nosotros, hacia mí, en que seguro que quiere mi bien, aunque ahora me toque sufrir.

Debo aprovechar este tiempo para aprender y replantear mi vida ahora que sé que hay muchas probabilidades de que sea bastante corta. Debo centrarme en lo esencial: amar, dar amor, tratar de hacer felices a los demás, no perder el tiempo nunca, y mucho menos si sabes que es escaso, tratar de sembrar la semilla de la felicidad que es el Evangelio traduciéndolo al lenguaje que entienden los hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos de nuestro tiempo.

El **Papa Francisco** es un regalo de Dios, una bendición para mí que acabo de cumplir los 65 años, como lo fue **Juan XXIII** en mis años de juventud. De él podemos aprender esta traducción del Evangelio a las necesidades de hoy.

Estamos en el año de la misericordia. Debemos ser sensibles al sufrimiento del mundo, de nuestros hermanos y hermanas, no pasar de largo, ni ponernos corazas y mirar para otra parte. El Papa repite: ¡el mal de este mundo es la indiferencia! Debemos acercarnos a este mundo. Cada día -según los datos del Banco Mundial, de la FAO y de la UNICEF- mueren

*. Testimonio
presentado
en el XIV Encuentro
de Responsables
Diocesanos de
PROSAC. Madrid el
30 de enero de 2016.

de hambre 24.000 personas y 19.000 niños por causas evitables.

El 60% de la población mundial sufre desnutrición. 2.200 millones de personas viven con menos de 3 dólares al día y 1.300 millones con menos de 1.5 dólares al día.

En Madagascar hay 81,8% de índice de pobreza y en Mozambique, país que conozco, un 68,7%. Pero si miramos a nuestro lado, según la OCDE en España hay un índice de pobreza del 15,09%. ¿Qué hacemos nosotros? ¿Qué hago yo? Esta pregunta me la hago cada día y mi respuesta en la práctica nunca me satisface lo suficiente.

Los enfermos son los más pobres de los pobres, pues no pueden disponer ni de su cuerpo. Dedicarnos a ellos es un privilegio; por eso me cuesta el jubilarme o coger la baja laboral mientras tenga fuerzas.

Quiero mostrarles, con mi ejemplo y mis palabras, el amor, la cercanía de Jesús y de María, la misericordia de Dios.

La confianza en mi vida la vivo gracias al don de la fe en Jesús y en el Dios que Él nos mostró: un Dios misericordioso que nos ama y perdona aunque le fallemos muchas veces. Por eso voy por el mundo confiando en la bondad de la gente. Confiar en las personas me ha reportado muchos más bienes que males.

Hay mucha bondad en las personas. Lo malo es cuando confías en alguien y te falla, y se aprovecha del favor que le has hecho para hacerte daño, como me ha pasado varias veces en mi vida. Me arrepiento de haber confiado en estas pocas personas, pero no en seguir confiando en todas. No se puede ir por el mundo desconfiando.

Además son pocas. Y creo en la posibilidad de que cambien; por lo tanto, sigo dirigiéndoles la palabra, amándoles, no les odio. Solo tengo más cuidado en no darles la espalda pues me

volverían a apuñalar, simbólicamente, cosa que ya ha sucedido.

Vivo mi confianza como enfermo gracias al don de la fe en Dios Amor, que no me deja solo ni en los peores momentos, que me anima y está a mi lado, aunque esté yo solo, por ejemplo, durante la radioterapia, clavado con una máscara en una mesa de madera absolutamente inmóvil, que no me deja abrir ni los ojos ni casi respirar.

Ahora me es fácil estar aquí hablando con vosotros, pero cuando ataca el dolor no lo es. Entonces pido a Dios que pase pronto y pongo los medios que tengo para lograrlo. El mal lo relativizo; sé que Dios me ama.

A eso me ayudan mucho los místicos de la Iglesia: Santa Teresa, San Juan de la Cruz, y también Santa Teresita del Niño Jesús.

Sé que Dios quiere mi bien. Pero el bien no debo pretenderlo con el placer y la felicidad en cada minuto, sino con una visión amplia. Me gustó oírlo de un teólogo: quizás ahora no lo comprendo, pero pasados los años se puede llegar a comprender que aquel mal ha sido un bien mayor; incluso muchas no lo veré en esta vida, sino en la vida plena, una vez dado el paso a la plenitud del Reino de Dios.

Por eso no me da miedo la muerte, pues es la llegada al destino, a la meta, al momento de dar el salto a la felicidad completa, a estar gozando en plenitud del amor de Dios, que ya disfruto en parte en vida. Como san Pablo, si no merezco aún el morir pues tengo aún trabajo que realizar en esta tierra, pues que se cumpla la voluntad de Dios.

No debo ser egoísta. Pero esto supone, no lo escondo,irme desprendiendo de cosas y de ataduras que son para mí un lastre y que pueden darme pena de querer irme. Es ir haciendo camino interior, ir pasando moradas, ir subiendo al monte Carmelo, hasta llegar a la estancia última, llegar a la cima: a la felicidad completa con el Amado. Rezo pidiendo no hacer

Experiencias:

Vivo la confianza
en mi vida gracias
al regalo de la fe en Jesús.

56

LH n.315

regresiones a estancias anteriores de las Moradas o bajadas de la Subida al Monte Carmelo, pues siempre tiran para abajo y tientan muchas cosas y ataduras de la vida.

Así vivo yo mi enfermedad hoy: aprendiendo cada día de ella, tomándola como una oportunidad de crecer. Con confianza plena en Dios. Pido a Dios que cuando me lleguen los momentos peores sepa seguir confiando como un niño en los brazos de su madre. Rezo a María, mi madre espiritual, que me acoja en su seno. La tengo como modelo de confianza total en el proyecto de Dios.

A los enfermos les ayudo a vivir la confianza ofreciéndoles siempre una luz de esperanza, sin mentirles. Considero que no se debe hacer la medicina defensiva actual en que se lanza la verdad de la mala noticia al enfermo como un dardo que se le clava en el corazón.

Creo que es muy importante ir dosificando la información de una mala noticia para que pueda ir metabolizándola, y acompañarla siempre con una luz de esperanza. Incluso cuando las cosas van mal, se puede decir que van mal, pero nunca quitar la pequeña llama de esperanza de una vela.

Poco a poco se puede ir entrando en la espiritualidad y en hablar del Dios del amor, con gran respeto si el paciente no es creyente.

Ello no debe impedir que le propongamos la gran esperanza de una vida en plenitud, pero en el momento oportuno, con mucho respeto, con un lenguaje adaptado a sus vivencias y creencias, ayudándole a purificar las malas creencias que pueda tener aprendidas respecto a Jesús y a Dios.

Si se cierra a hablar de espiritualidad, de la otra vida, de Jesús, de Dios, de que no está solo, hay que respetarlo. Cuando ya no hay más que esperar y está en la agonía y lo pregunta, tampoco hay que engañarle. El acompañamiento dando cariño, siendo servicial, dándole la mano,

tocándole para que note que no está solo, ayuda mucho.

Si el paciente es creyente se puede rezar con él, proponerle oraciones para cuando esté solo, de las que dan esperanza, compañía; quitarle miedos si los tiene; ofrecerle la misericordia y el amor de Dios.

Acabo reafirmando que la Asociación PROSAC es muy importante hoy, pues los profesionales viven tiempos duros y debemos ofrecerles apoyo y proyectos sanadores y salvadores, reilusionarlos en su vocación, evitando que caigan en la desconfianza y creando lazos sanadores.

Hemos de presentarles la Buena Noticia de la Salvación de Jesús, al Dios de Jesús. Tenemos mucho que ofrecer. Muchas gracias.

57

04/5

La experiencia de llegar a España en una patera.

Youssef Sow,

Trabajador social.

Fundación Jesús Abandonado. Murcia.

Ediciones San Juan de Dios-Campus Docent publicó a finales de 2015 *Gaal Gui - El Cayuco*, de Youssef Sow. El libro narra la aventura de un joven senegalés que salió de su país en busca de una vida mejor. El autor, que es el mismo protagonista de esta historia, guía al lector a través de las innumerables dificultades a las que tuvo que enfrentarse para conseguir su sueño.

Su paso por Mauritania, cruzar el océano en cayuco y su encarcelamiento en un Centro de Internamiento para Extranjeros a su llegada, son algunas situaciones que nos revelan la dura realidad que esconde el fenómeno de la inmigración clandestina. Aquí os deja un breve resumen.

Vivía en un pueblo aislado del mundo, rodeado de baobabs, donde el tiempo parecía un reloj roto. Ahí el mismo día se repetía hasta el infinito. Lo único que tenía eran los libros que caían en mis manos y me ayudaban a huir de esa vida tan rutinaria que me mataba sin prisas. No sabía qué hacer con mi vida, esa que se me escapaba como arena entre los dedos.

Un día decidí lanzarme en busca de un lugar mejor donde poder construir un futuro. Me acuerdo de esa última noche, cuando me acerqué a mis padres para pedirles su bendición y despedirme de ellos. De madrugada dejé todo tras de mí, el pueblo, las lágrimas de mi madre y el silencio profundo de mi padre.

Con el corazón lleno de pena y la mochila ligera miré hacia delante. Tenía poco dinero, apenas treinta euros, pero una voluntad de cambiar mi vida que nada ni nadie podía impedir. Viajé en autobús, crucé ríos, subí en carretas, vi como el paisaje cambiaba de ropa mientras me dirigía al horizonte que siempre se alejaba, como me alejaba de lo que ya no quería.

Tras cruzar el desierto en un viejo autobús que parecía una sauna ambulante, llegué a Mauritania. En Nuakchot, la capital, no me quedaba dinero. Llegué por la noche y dormí en la calle. Viví allí dos meses de infierno trabajando como un esclavo en una fábrica de pescado. Cada noche iba a la puerta de la fábrica, como otros africanos venidos de diferentes partes del continente a probar suerte. Cuando la puerta se abría, esa marea negra gritaba al encargado “yo, yo”, mientras se empujaban para ser elegidos. Algunos días tenía suerte, otros no, pero cada noche volvía a la misma puerta, único lugar donde podía ganar dinero.

Durante el día daba clases de francés a un alumno. Iba vestido con el único pantalón y camiseta que guardaba para la ocasión. Dormía en una vieja cabaña, sobre una manta echada en el suelo. Me alimentaba de galletas y té para ahorrar dinero y seguir mi ruta. Perdía peso y fuerza día tras día pero nunca la fe.

Cuando el agotamiento estaba a punto de romper mi voluntad, decidí lanzarme a la única opción que quedaba: coger una patera, como los miles de inmigrantes venidos de todas partes de África y dispuestos a arriesgar la vida. El precio no era muy alto, no tenía vida, solo un poco de dinero ahorrado. O ganaba una vida o me deshacía de mi sufrimiento para siempre.

Empecé a prestar atención a los rumores sobre los cayucos. Escuchaba los comentarios y aprendía que muchos cayucos se hundían, se hablaba de gente que había perdido algún pariente en esa aventura pero, a veces, uno llegaba y las noticias corrían cuando un pasajero llamaba desde España. Mi mente se focalizaba en este tipo de noticias. No me importaban los pronósticos, sabía que algunos llegaban. Gracias a un amigo nigeriano conseguí encontrar un capitán que buscaba clientes. Con mis pocos ahorros pagué.

Embarqué en una patera con 40 personas que tenían el mismo sueño. Fue en invierno y tardamos 5 días. El segundo día de viaje me di cuenta de que era una locura. Cuarenta personas como sardinas en un trozo de madera que desafiaba el océano. El mar jugaba con el cayuco como un gato con un ratón. Achicaba agua como un loco para mantener la mente ocupada. Con mis ropas rotas y mojadas por la lluvia descubrí el precio de mi vida, pero ya no había vuelta atrás. La tarde del último día surgió en el horizonte algo oscuro que empezó a coger forma mientras el cayuco avanzaba. Pronto se alzaron las voces “una isla, una isla”. El cayuco se llenaba de vida, estábamos a salvo.

De milagro llegamos a las costas de Tenerife. Nos recibió la Cruz Roja cuidándonos como ángeles. Me llevaron directamente al hospital en ambulancia para salvarme de una hipotermia. De manos expertas a otras manos, me encontré en el hospital con sábanas blancas y limpias. Esa noche, conectado a varias transfusiones, pude dormir al fin en una cama. Al día siguiente, como si fuera una cobaya, me hicieron todo tipo de análisis para luego dejarme en manos de policías que me esperaban.

Nos encarcelaron en una prisión que llaman Centro de Internamiento para Extranjeros. Vi a la entrada cámaras de seguridad y alambradas. Nos abrieron una especie de jaula y nos obligaron a sentarnos en el suelo antes de cerrarnos la puerta. Sentí humillación y mis lágrimas cayeron al duro suelo. Abrieron la puerta y uno a uno nos llevaron dentro del edificio. En una habitación nos hicieron quitar lo que llevábamos que podían afectar a la seguridad. Al terminar nos condujeron a nuestras celdas. Allí ni siquiera éramos extranjeros, no éramos nada, solo números, sin derechos ni opiniones, obedecíamos las órdenes. No sabíamos cuánto tiempo nos encarcelarían ni cuándo seríamos libres. Firmamos papeles que no sabíamos leer y que no nos traducían.

Después de 38 días nos sacaron de allí. En furgonetas llegamos al aeropuerto. Nos juntaron en una nave mientras decidían entre ellos nuestro destino. Embarcamos en un avión que nos llevó a Málaga. Por la calle andábamos hacia la comisaría en fila, bajo la mirada de la gente que paseaba con sus perros o sus hijos. Firmamos más papeles en los que reconocí una palabra bien bonita: “Libertad”. Nos separaron en pequeños grupos y el mío siguió a un hombre que nos llevó en autobús a Sevilla. Nos alojaron en un hotel y nos explicaron que teníamos una semana para buscar un contacto y que nos pagarían el viaje. ¡Al fin libre!

Llamé a mis padres que durante tres meses no sabían dónde estaba. Mi madre lloró, mi padre se quedó mudo y yo, aliviado. Tres días después viajaba solo en autobús dirección Salou (Tarragona), donde alguien me esperaba. La vida me llevó a Murcia donde años después pude empezar una vida “normal”.

Sow, Youssef.*Gaal Gui. El Cayuco.*

Ediciones San Juan de Dios-Campus Docent. Col. Solidaridad. Num. 1 Barcelona. Octubre 2015.

